

*Harry, revisado*  
Mark Sarvas

---

Traducción de Mme. Brz

Título de la edición original: *Harry, Revised*

Primera edición en Libros del Silencio: mayo del 2010

© Mark Sarvas, 2008

Publicado por acuerdo con Canongate Books Ltd.,  
14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

Traducción de Mme. Brz

Traducción de *El conde de Montecristo* de D. Víctor Balaguer

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2010]

Provença, 225, entresuelo 3.<sup>a</sup>

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)

Diseño colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Diseño cubierta: Nora Grosse, Enric Jardí

Corrección de pruebas: Raquel Marqués

ISBN: 978-84-937559-9-7

Depósito legal: B.18.228-2010

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para mis padres*

## Uno

*En el que nuestro héroe pide un bocadillo  
y llega tarde a una cita*

**H**arry Rent solía jugar con su alianza; ahora juega con el espacio vacío que ésta ha dejado.

Juega con él pasando la punta del pulgar alrededor de la base del dedo anular. Juega con él mientras espera abstraído a que cambie el semáforo. Juega con él mientras se dirige a su atractiva secretaria por el interfono para pedirle que haga pasar al próximo paciente. Juega con él a la espera de que le devuelvan el cambio en el supermercado. Juega con él de un modo ausente, y a la vez a conciencia. A conciencia, para estar bien seguro de que ya no está ahí. Y en cuanto a por qué también de un modo ausente..., todavía no lo tiene claro.

En este preciso momento está jugando con él sentado a la barra de una cafetería. Se sorprende, pero sólo vagamente, de lo natural que le resulta ya esa ausencia. Y el resto de su parcelita de capacidades mentales se divide entre: desesperarse porque su nuevo traje italiano gris no consigue ni por asomo que Harry se parezca al elegante modelo del anuncio de la re-

vista —le cae flácido sobre el cuerpo, drapeado en una derrota de pura lana— e intentar ignorar lo terriblemente nervioso que se está poniendo por estar sentado aquí, en este taburete, jugueteando con un anillo que ya no está, esperando a que su camarera le preste atención.

Es más que probable que esta parada improvisada para comer le haga llegar tarde, y aunque le preocupa, no tiene fuerzas para renunciar. (Ni siquiera al recordar el tono sepulcral del empalagoso Tony Glide informándolo de que «en Flavin & Makepeace las cosas funcionan con la precisión de un reloj», por lo que se recomienda encarecidamente ser puntual.) Es consciente de ello, sabe que debería importarle y se pregunta por qué le da igual. Muy a menudo cae en estos extraños pensamientos circulares —Harry el Uróboros, observándose a sí mismo observarse mientras observa—, y suele resurgir muchos minutos después con la cabeza embotada y la lengua espesa como si despertara de un sueño profundo, preguntándose qué diablos ha pasado, sabiendo únicamente que otra pequeña porción de tiempo se ha perdido para siempre.

Y ahora acaba de caer de nuevo. Lo único que lo alerta, que lo devuelve al presente, es el soplo de perfume que deja atrás su camarera al alejarse, y comprende que ha perdido una vez más su oportunidad porque estaba dando tumbos en algún lugar remoto del país de Harry. Suspira con desesperación creciente, lo tardío de la hora empieza a pesarle, y echa otra mirada furtiva al menú, como en una inútil cacería en busca de algo para comer. Pero el espíritu forzosamente alegre del Café Retro y sus superficies blanquísimas, que pretenden evocar los

años cincuenta, lo dejan frío, igual que el surtido de canciones de Chuck Berry de la máquina de discos y el menú, que consiste básicamente en esto frito y lo otro glaseado. Ahora, al considerar las virtudes relativas del Chile de Fregadero frente a las de la Hamburguesa Atómica Chapucera, mientras sorteando con cuidado las manchas de chocolate caliente que ha dejado en el menú un predecesor menos quisquilloso, se le despierta un instinto primario: las aletas de la nariz se hinchan ligeramente, fluye la adrenalina, se erizan los pelos de la nuca, las pupilas se dilatan y un susurro infalible le advierte al oído: *Levanta la vista, Harry. Levanta la cabeza, hombre. Tu momento se acerca.* Y la cabeza se levanta, porque, ¿quién es Harry para revocar órdenes tan fundamentales y eternas?

—¿Ya te has decidido, o te dejo un minuto más?

La que habla es Molly. Escultural y con el pelo negro como el azabache, tiene veintidós años, y este trabajillo en el Café Retro es una de las muchas maneras con las que se va pagando los estudios de posgrado. Está centrada en su tesina del máster de estudios poscoloniales, que lleva por título *Los estilos patriarcales de la ficción contemporánea: ¿quién coño es el hombre blanco para decidir qué pasa por «literario»?»,* cuyo primer borrador es, en todos los sentidos, una lectura tremendamente entretenida. Su novio, Bruce, pasa de ella, y Molly ha empezado a sospechar que tiene, como mínimo, otra novia. La verdad es que está empezando a cansarse de Bruce, de todas formas. Todo eso del chico-malo-de-clase-trabajadora-con-tatuajes fue divertido durante unos meses, pero ya se ha tragado sola suficientes películas francesas como para entender que ha lle-

gado el momento de que su propia reafirmación sea lo principal. Mantiene una conflictiva relación con su madre, que vive en Seattle; sólo le permite llamarla los miércoles por la mañana, deliberadamente, porque Molly tiene que dar una clase a las diez. Y está también muy al tanto de que ese hombre que tiene sentado delante jugueteando extrañamente con su mano izquierda, ese hombre tan viejo que podría ser su padre, está loquito por ella, y no es el primero; estos enamoramientos han sido siempre una bendición para las propinas. Harry, por supuesto, no sabe nada de todo esto; sólo ve a Molly, la camarera, de pie frente a él, esperando su pedido.

Sea como sea, ésta es la suya, la única oportunidad que tiene de pedirle algo y que ella realmente lo haga. El poder sobre las mujeres siempre ha fascinado a Harry, a pesar de que en su matrimonio —o quizás precisamente por ello— brilló por su ausencia. Anna, su mujer, tenía demasiado éxito y demasiado aplomo para que él hubiera podido ejercer algún poder sobre ella. De hecho, sólo gracias a una carambola extraordinaria de acontecimientos, meditaba a menudo, Anna había acabado escogiéndolo a él de entre el extenso repertorio de pretendientes que oscurecía el porche de su casa como un enjambre de escarabajos peloteros asesinos. Pero, ups, Harry siente como le invade otra vez; otro desvío enrevesado lo arrastra lejos del presente. Se fuerza a sí mismo a regresar al ahora mientras decide cómo sacar el mayor provecho de este instante, cómo escoger la jugada que le dé la máxima ventaja, cómo conseguir, sólo por esta vez, que una jovencita adorable cumpla sus deseos.

Y, fiel al auténtico estilo Harry, la pifia: se pega un planchazo de categoría mundial delante de los jueces del Comité Olímpico.

—Vaya, es difícil decidirse. ¿Qué me recomiendas?

Y ya está: ha cedido el poder. Harry es incapaz de aprovechar este momento y escaparse con él a la carrera, sin importar cuán poderosamente le grite su deseo al oído. Juguetea, juguetea, juguetea. Una sonrisa paciente, unas miraditas de reojo, como si el contacto visual le provocara dolor físico.

Molly se siente a la vez halagada y un poco extrañada por la pregunta. Es decir, el Café Retro no suele atraer al tipo de clientela que le da muchas vueltas a lo que le ponen delante. *Dígame, señorita, ¿qué marca de mantequilla de cacahuete utiliza su chef? Mi predilecta es la Jif. O Espero que haya puesto el auténtico sirope de chocolate de Hershey en el banana split, querida.* En cualquier caso, a diferencia de Harry, Molly tiene las ideas y los gustos bien definidos y no se siente incómoda al expresarlos; por lo tanto, no titubea al señalar directamente su plato preferido del menú.

—El montecristo, sin duda. Tómate un montecristo.

*Desastre.* Refrito y dulce. No podría haber escogido un plato peor aunque hubiera querido, aunque hubiera poseído un catálogo de los amores y odios de Harry y hubiera apuntado con precisión clínica y asesina al corazón de su talón de Aquiles culinario. Harry se tambalea unos segundos y está a punto de dejarse caer al abismo de analizar en profundidad la fórmula *corazón del talón*, preguntándose si realmente esa expresión es correcta; sin embargo, la promesa gruñente y amenazadora del

montecristo es demasiado terrible para permitirse ese tipo de ensoñaciones. Es incomedible, repugnante, vomitivo.

—Adelante con el montecristo —dice él con lo que desea que parezca una sonrisa elegante y desenvuelta, pero que teme que pueda leerse, simplemente, como de un estreñimiento matador.

—¡Estupendo! Si no te gusta, me lo dices y te traigo otra cosa.

—Seguro que estará estupendo —responde, levantando el hacha contra su bote salvavidas con sombrío abandono.

Ella asiente, sonriendo, y ya está a punto de irse cuando se vuelve hacia él.

—¿Habías venido antes por aquí?

*Bueno, no, exactamente aquí, no.* Harry ha pasado por delante de la cafetería incontables veces, se ha detenido frente a la ventana, se ha quedado mirando, desesperanzado, cómo Molly hacía su turno. Una vez incluso reunió el valor para entrar, pero sentarse en su sección requería más fortaleza de la que está equipado el modelo estándar de Harry, así que se sentó en la sección que atendía Lucille, una tirana con sobrepeso. Estirando el cuello en vano, se había dejado marchitar lentamente bajo la larga y tenebrosa sombra de Lucille mientras espiaba el fluir vivaracho de Molly, yendo y viniendo por su sección.

La pregunta de Molly se queda colgando en el aire. Harry recuerda el sabio consejo que le dio una vez otro residente durante sus días de médico interno: «Si tienes que mentir, intenta alejarte lo menos posible de la verdad. Es más fácil así:

hay menos que recordar». Que el susodicho residente fuera condenado años más tarde por fraude y mala praxis no apaga un ápice el entusiasmo de Harry por ese buen consejo, así que asiente a medias.

—Me he dejado caer por aquí una o dos veces, pero no soy un cliente habitual ni nada parecido. —Pasable, pero por los pelos.

—Lástima —responde Molly, un poquito juguetona.

Los rasgos faciales de Harry se reajustan para acoger el torrente de sangre roja que le sube a las mejillas, y ella calcula que el habitual 15 por ciento de propina acaba de subir al 18; incluso el 20 por ciento escala posiciones con fuerza. Harry se concentra, devuelve el saque, y marca, según él, un punto.

—Bueno, si el montecristo está tan bueno como dices, puede que me haga cliente habitual.

Inmediatamente, el terrible error táctico se hace patente a sus ojos: se acaba de comprometer a una vida entera de montecristos, a volver una y otra vez y a que se espere de él que no pida nada más. Después de todo, ¿no es ésa una de las ventajas de ser un cliente habitual, que te traigan «lo de siempre»? *Ah, ya está aquí Charlie, prepárale lo de siempre, Frida... Me alegro de verte, Alex. ¿Lo de siempre?* Y cosas así. Claro que, de vez en cuando, un esporádico *Esta noche no, Eddie; hoy me siento libre como el viento: ponme una hamburguesa con queso* se puede tolerar, pero después el universo se reafirmará a sí mismo y la aparición de Harry por la puerta pondrá la fritanga en la sartén y sacará el azúcar glas del armario. Sin embargo, Harry procura que la sombra de la derrota no se apodere de su cara. No

es que encaje con especial filosofía «los tiros penetrantes de la fortuna injusta»; al contrario, es demasiado vanidoso para permitir que lo que percibe como el momento más agradable del día quede mancillado con la más mínima apariencia de indecisión. De manera que, una vez más, ignora aplicadamente las consecuencias.

—Excelente —responde Molly con una sonrisa—. Avisaré a la cocina de que hay mucho en juego.

En efecto, hay mucho en juego, piensa Harry echando una ojeada nerviosa a su reloj. Siente una puñalada de irritación al darse cuenta de que, en realidad, el tiempo no sólo no ha pasado más despacio, sino que ahora llega incluso más tarde que hace un rato. Es más: hay muchos puntos de que este patrón no cambie en un futuro inmediato. Los acontecimientos no se están desarrollando a la velocidad que Harry desearía: echando una cuenta rápida, comprueba que no ha intercambiado más que un centenar de palabras con la Divina Molly, un rendimiento más bien pobre para los veinte minutos que lleva sentado a esta barra. A este paso, la fantasía de pasar una vida entera en éxtasis sensual con ella parece estar a varias vidas de distancia, lo que representa unas cuantas vidas más de las que dispone para jugar.

Pero antes de que Harry pueda desentrañar todo esto, como está acostumbrado a hacer, y sumergirse en sus tentadores enigmas emocionales, filosóficos y espirituales, su atención se desvía hacia una pareja que está sentada cara a cara a una mesa. No repara en ellos porque parezcan estar fuera de lugar en el Café Retro, como él (aunque lo parezcan), ni porque su

conversación susurrada, en un intento malogrado de ser discretos, se haya convertido en un extraño murmullo urgente que atrae todos los ojos de la sala (aunque así sea). Lo que llama la atención de Harry es lo que hay entre ambos, encima de la mesa, entre el salero y el pimentero, entre los jirones de servilletas de papel y los envoltorios de pajitas arrugados que parecen pieles de serpiente recién mudadas, entre los sobrecitos de sacarina Sweet'n Low y los cubiletes de plástico de crema de leche, entre condimentos y utensilios. Entre todo ello reposa una urna.

Por las expresiones de cansancio de la pareja y por la distancia respetuosa que mantienen hacia ella, es evidente que contiene restos humanos.

La visión de la urna provoca una reacción visceral en Harry, una punzada aguda e inesperada de dolor en el costado izquierdo, cargada de náusea y adrenalina, que deja a su paso un pensamiento oscuro y terrorífico que lo incordia como un gato negro insistente e indeseado. Respira hondo para tranquilizarse y, en una interpretación sin par de un hombre que intenta expresamente no espiar una conversación, espía la conversación:

—Michael, esto es asqueroso.

—¿Puedes hacer el favor de bajar la voz, Barb? Todo el mundo nos está mirando.

—¡Todo el mundo nos está mirando porque hay una maldita urna en la mesa!

Un punto para Barb, piensa Harry. Michael parece estar de acuerdo, porque suspira y pone la urna debajo de la mesa.

—Oye —se defiende él—, ¿crees que yo me esperaba al-

go así? Era una simple lectura del testamento, por Dios. Pensé que me dejaría unos cuantos cuadernos de los suyos o algo así.

Lectura del testamento, piensa Harry. Qué raro. No son palabras que uno oiga cada día.

—Ya, bueno, pues parece que te ha dejado algo más —dice Barbara, encrespándose.

—Es un encargo, Barbara. Me pidió que le hiciera un encargo. Eso es todo. Lo que sea que estés pensando está completamente fuera de lugar. Para empezar...

Michael se calla de repente porque sus ojos han reparado en la extraña pose de fingido desinterés de Harry. Frunciendo el ceño, se inclina hacia Barbara, y cualesquiera que sean las acaloradas negociaciones que se estén llevando a cabo en voz baja, ya no llegan a sus oídos. Harry se aprieta el costado, donde la punzada ha dado paso a un dolor apagado, y su mente febril da un automático paso adelante para intentar rellenar los espacios en blanco, ocupando los segundos dolorosamente prolongados que conducen a la entrega de su montecristo (que, ahora cae en la cuenta con terror, se supone que va a tener que comerse).

¿Qué puede deducir del vistazo fugaz que ha podido echar? Vamos a ver, es casi seguro que Michael y Barbara están casados, no muy felizmente, sospecha, aunque quizás esto sea sólo circunstancial. (Después de todo, también Anna y él le parecían una parejita feliz a todo el mundo.) Y parece igualmente claro que la ocupante de la urna ha convencido al pobre Michael a través de la institución de la última voluntad y del testamento para que se deshaga o disponga de ella de cierta manera apro-

piadamente incómoda, por lo que Barb se ha levantado en armas. Las dos preguntas más obvias son: 1) quién es la «ella» en cuestión (Harry supone con lascivia que se trata de alguna ex, aunque admite que podría tratarse perfectamente de una amiga, una hermana o quizás la querida y vieja mamá), y 2) cuál es exactamente la naturaleza del «encargo» que ha encomendado a Michael. Harry sabe que cualquier posibilidad de acercarse a la verdad de esta cuestión se allanaría de forma notable si supiera la respuesta de la primera pregunta, y dado que ninguna de las dos respuestas es evidente, sus pensamientos amenazan con volver a la contemplación del jamón dulce, el queso y la mermelada. La idea le parece insoportable, así que determina tomar aún otro desvío y redirige expertamente sus pensamientos de manera muy estudiada, moviendo la cabeza con desconcierto ante los que discuten tan en público. A fin de cuentas, ni a Anna ni a él se les habría ocurrido nunca montar una de estas exhibiciones públicas. Incluso sus altercados privados —excepto uno— eran sorprendentemente escasos y, sobre todo en contraste con el exaltado arrebatado de Barb, asuntos relativamente dóciles.

La verdad es que Harry nunca ha sido un buscabroncas. Ah, le habría gustado ser un escandaloso, listo para levantar la mano a las primeras de cambio, en la mejor tradición Burton-Taylor. Desde luego, así se imaginaba a sí mismo; pero, por lo general, la energía que fantaseaba tener lo esquivaba... Aunque *esquivar* sugiere algún tipo de caza, un intento de *agarrar a ese cabrón*, y tales intentos nunca se materializaron. Porque, desde luego, Anna tenía los pies bastante en la tierra, ¿no? Cualquiera

podía ver que no había mucho por lo que cabrearse, así que sospecha que lo habrían acusado de provocar la pelea simplemente para montar un espectáculo. (Y tampoco es que este tipo de comportamiento le sea ajeno.) Por mucho que lo intente, le resulta imposible recordar nada que le interesara tanto como para pelearse con su mujer. Hay un extraño vacío donde debería estar el manantial de la memoria, y Harry sospecha que esto no es del todo normal. Intenta fervientemente obligarse a recordar, forzarse a desmenuzar el pasado, pero sale con las manos vacías, ni siquiera con el polvo escurriéndosele entre los dedos, incapaz de comprender a qué se debe este vacío. (O, sospecha inquieto, quizás esto sea sólo lo que se dice a sí mismo, mientras resiste a un susurro más negro y siniestro, la voz acusadora que le dice que no se está esforzando lo suficiente y que él sabe exactamente qué es lo que encontraría de hacerlo). Éstos son los dilemas cotidianos de la vida en el país de Harry, esta multiplicidad de voces, de opciones contempladas infinitamente, nunca seguidas de acción, siempre aplazadas.

Después de todo, no es que no hubiera habido oportunidades para pelearse. Hubo, sin lugar a dudas, unas cuantas ocasiones en que uno chocó contra la superficie pétrea del otro, haciendo saltar la chispa inesperada. Pero nunca llegaron a explotar. ¿Por qué? Harry sigue siendo incapaz de identificar un patrón, o no está dispuesto a ello. Quizás no hubo suficientes ocasiones como para poder dar una explicación exacta. Aun así sospecha que, aunque hubiera tenido docenas o centenares para escarbar en ellas como un cerdo buscando trufas, no tiene mucho talento para leer entre líneas. Es un literalista sin reme-

dio y lo sabe. Sin embargo, cree que lo exime de algún modo el hecho de al menos reconocerlo y no engañar a nadie con metáforas ni nada remotamente estilístico. Para Harry no existen tonterías del tipo «Los hombres son de Marte, y las mujeres, de Venus». Los hombres son hombres. Las mujeres son mujeres. Es así y punto. Es lo que hay. Una rosa es una rosa es una rosa: siempre le ha gustado este poema. Obvio en el común sentido de la palabra. Quizás sea una mirada al mundo ligeramente tediosa, pero puede vivir con ello. A Harry nunca le ha interesado ser guay.

Lo que a Harry sí le interesa ser, en cambio, presenta otra variante del mismo problema escurridizo con el que ha estado lidiando. Harry cree que se le da mejor definir sus carencias: el autoconocimiento a través de la negación o la eliminación. Cree que si pudiera ir desestimando suficientes pistas falsas y rodeos poco prometedores —no soy un jugador de golf, no soy un dadaísta, no soy un fontanero, no soy un travesti (aunque la cosa me ha tentado)—, llegaría por fin a definirse por lo que fuera que quedara. Los defectos de este enfoque son bastante obvios incluso para él, pero siempre le ha sido más fácil renegar, repudiar y renunciar. Sabe que no debería ser así; reconoce que debe de ser algún tipo de defecto, aunque, en conclusión, no se siente tan mal al respecto como para probar con otra cosa. A pesar de sus más concienzudos esfuerzos —que Harry es el primero en admitir que no llegan muy lejos—, todos los caminos parecen conducir a ninguna parte, o como mucho, de vuelta al sofá, al mando de la tele, al...

Sí, justo, eso es: ejemplo perfecto. Un potencial de pelea

de primera calidad desperdiciado. Pero no en esa variante estándar que se representa en salones del mundo entero donde mujeres cabreadas reprenden a sus maridos, mientras sus dedos agarrotados se desplazan a velocidad vertiginosa sobre el mando a distancia y pasan con idéntico desdén por reposiciones de *Star Trek*, canales de cocina y noticias internacionales de última hora. No, a Harry la hora de la verdad le llegó un domingo por la tarde cuando Anna se dejó caer en el salón y lo encontró despatarrado como un saco de patatas en el sofá, frente a la reposición de una reunión de los representantes del condado doblada al español, una lengua con la que Harry no tiene siquiera una familiaridad aceptable. Anna supuso (acertadamente) que Harry había aterrizado en ese canal y había perdido, así de simple, cualquier voluntad de pasar de largo. No tenía ninguna garantía de que seguir apretando botones fuera a ser recompensado con algo más interesante, así que, ¿por qué no detenerse allí, sencillamente? Y quizás lo que más molestara a Anna fuera que, a los pocos segundos, Harry pusiera todo su interés en el asunto, como sólo Harry podía hacerlo. No tenía la menor idea de lo que estaban diciendo, pero de alguna manera aquel pequeño espectáculo deprimente lo había absorbido por completo. ¿Por qué se empeñaba en sacar partido de semejante insignificancia? ¿Qué había en la raíz de esa capacidad casi siniestra?

—De verdad. Lo estoy viendo.

—¿Cómo puedes estar viéndolo? No entiendes ni una sola palabra de lo que dicen. —La voz de Anna se volvió incorpórea al colocarse tras él, mirando desde detrás de su hombro.

—Bueno, no. Es verdad. Pero mira a ese tío de la corbata roja. ¡Es divertidísimo! Está rabioso por algo. A saber por qué. Lo sigo mirando para ver si se sale con la suya, si se relaja. De momento, la mujer de la falda gris parece tenerlo contra las cuerdas.

—Creo que lo único que pasa es que eres demasiado vago para cambiar de canal.

—¿Por qué tendría que cambiar de canal?

Si Anna era algo, era escrupulosamente justa, y daba a cualquier idea una oportunidad antes de contradecirla. De manera que se quedó de pie detrás de él mirando la televisión, intentando comprender. Siempre estaba dispuesta a intentarlo. Pero como de tantos otros intentos bienintencionados, tampoco de ése salió nada bueno. Después de unos pocos minutos, en los que la mujer de la falda gris pareció asegurarse el triunfo final contra su desventurado enemigo de la corbata roja, Anna soltó un suspiro. Harry sintió un beso suave en la coronilla y ella desapareció.

Y eso fue todo. A Harry le preocupaba que Anna pensara que él era un caso perdido y absurdo, alguien con quien ni siquiera valía la pena comprometerse y a quien ni siquiera valía la pena reformar, aunque él prefería imaginar que ella lo quería de verdad, total y desinteresadamente, y que le aceptaba cualquier rareza por banal que fuera. En cuanto a sí mismo, Harry era incapaz de expresar su enfado, cuando lo sentía. La verdad es que Anna lo intimidaba, lo asustaba un poquito. Incluso después de ocho años de matrimonio, nunca había dejado de sentirse inferior a ella.

Y ahora llega el montecristo repicando sordamente contra la barra. Harry levanta los ojos y ve la sonrisa expectante de Molly.

—Un montecristo para el hombre del traje elegante.

Harry sufre una inesperada punzada en el vientre. *¡Le gusta mi traje!*

—Que lo disfrutes. —Vuelve a sonreírle mientras se queda esperando.

*Oh, Dios.*

Se va a quedar ahí plantada hasta que lo pruebe. Ahí quieta. Delante de él. No va a moverse hasta que él ratifique su sugerencia culinaria. Y entonces —de una manera muy familiar, muy al estilo Harry— el tiempo se extiende, desenrollándose como un hilo o como uno de esos diagramas de un rayo de luz que recuerda de sus clases de geometría. Nunca entendió eso de los rayos, ni para qué servían ni por qué demonios debían importarle, pero le gustaba que empezaran en un punto concreto y se extendieran hacia el infinito por el otro lado. Tenían lo mejor de los dos mundos, pensaba: permanencia y movimiento eterno. El infinito debe de estar abarrotado, solía pensar, a causa de todo lo que tiende hacia allí: rayos de luz, líneas, cifras, el número pi... El tiempo se detiene de verdad, reflexiona Harry, mientras los primeros vapores asquerosos del pan tostado y azucarado le llegan a las narices, le suben por las aletas y tiran de su cabeza lenta pero insistentemente, obligándolo a mirar lo que Molly *ha obrado*.

El montecristo. Ocupa el plato entero, humeando suavemente por entre los pliegues del papel. Es un descendiente del

*croque-monsieur*, aunque Harry no lo sabe; se imagina que el nombre contiene algún tipo de conexión promocional con los tiempos de Dumas, con lo que se equivoca de unos cien años. Pero sí que conoce la historia del conde, del hombre encarcelado injustamente que se reinventa a sí mismo y ejecuta su venganza contra los que lo habían injuriado. Que sepa esto en gran parte gracias a los dibujos animados de Mr. Magoo y al cómic de Clásicos Ilustrados no ensombrece para nada su entusiasmo. Su memoria empieza a anegarse en episodios de la historia: el momento en que Dantès descubre a su compañero de cárcel y el intento de escapar juntos cavando un túnel; la espectacular caída en picado de Dantès desde lo alto de la torre del Château d'If; su primera aparición deslumbrante como conde de Montecristo, y la culminación brillante y sistemática de su venganza. Vaya tío, ese Dantès, que ni siquiera la torpeza miope de Mr. Magoo lo deslustraba.

Harry lleva tanto tiempo mirando con la cabeza baja su bocadillo sin siquiera tocarlo que Molly, desconocedora de las tendencias solipsistas de Harry, llega a la repentina conclusión de que está bendiciendo la comida. Avergonzada y tomando conciencia de sí misma, baja la cabeza rápida y respetuosamente y empieza a susurrar.

—Bendícenos, Señor, y bendice estos alimentos que por tu bondad vamos a recibir...

Sorprendido, Harry levanta la mirada y se da cuenta de que Molly ha malinterpretado su lenguaje corporal y que él es el causante de este ataque de devoción, así que no le queda otro remedio que unirse a ella.

—Bendice las manos que los han preparado —prosigue Molly—. Dale pan al que tiene hambre y hambre de ti al que tiene pan. Amén.

—Amén —murmura Harry sin convicción, pasión ni interés algunos.

Pero cuando levanta la cabeza del plato, ahí está Molly. Sonriendo, esperando. Brillando. Harry juraría que brilla. No puede evitar sonreírle también y entonces... la epifanía. Repentina y de improviso, en la línea de una largamente instaurada tradición de epifanías.

También él puede ser Dantès.

Puede reinventarse a sí mismo. Será el conde de Montecristo para Molly... Pero ahora titubea. ¿Cuál era el nombre de ella en el libro? Una marca de coche... Bueno, no importa mucho ahora mismo. Lo que importa es que Molly no sabe absolutamente nada de Harry ni de su vida. Nada sobre de dónde viene, qué ha hecho ni qué está dejando atrás. Su tábula no podría ser más rasa, y en lugar de pringarla con los dedos sucios de pintura, a la manera habitual de Harry, ahora tiene la oportunidad de manifestarse en toda su grandeza, de convertirse en su conde. (El hecho de que Dantès fuera acusado injustamente es un detalle inoportuno que Harry decide pasar por alto.) Ahora tiene los medios para conseguirlo, e incluso si carece de la brillantez y el ingenio naturales de Edmond Dantès, tiene un modelo que seguir, y a Harry siempre se le ha dado bien la imitación.

Algo empieza a resplandecer y a retumbar dentro de Harry, algo muy parecido al principio de una reacción en cadena, una

pequeña fisión del alma. Durante unos segundos el mundo parece estar a su alcance, y llevado por esta oleada de confianza, Harry agarra el tenedor cual arpón y ensarta un gigantesco pedazo del montecristo. Lo ataca con un frenesí inesperado, masticándolo apasionada y visceralmente, engullendo esa cosa con una vitalidad que a él mismo le asusta. Sonríe de oreja a oreja con absoluto deleite y Molly lo interpreta como el visto bueno al bocadillo.

—¡Te gusta! ¡Magnífico!

Le sirve otra taza de café con una sonrisa kilométrica, y Harry percibe en ésta cierto tipo de alianza, o como mínimo un indicio de algo que podría llegar a serlo. Mientras le devuelve la sonrisa, coge otro trozo de bocadillo —que, por lo que a él respecta, tanto daría que fuera serrín—, y se abandona a imaginar cómo será estar con ella...

Tendrá que volver al Café Retro, por supuesto. Con el ojo de su mente ve media docena de regresos y se imagina a Molly cada vez más contenta de verlo. Intercambian bromitas que, con el tiempo, van tomando un aire más personal. Conoce detalles de su vida; le pregunta por su madre, por sus amigos, por lo que hace cuando no está allí trabajando... Ella se ríe de sus bromas, admira su ropa, le pregunta si ha estado haciendo deporte. Poco después, empiezan las intimidades. Ella le confiesa que los hombres que han pasado por su vida la han decepcionado, se queja de su superficialidad y expresa su deseo de estar con un hombre con sustancia, alguien que ya no sea un crío, que sepa quién es, ¿entiendes? Y Harry lo entenderá, por supuesto, y le dará consuelo y la dejará pasmada con su

sabiduría, su decoro y su lucidez. Sabrá siempre exactamente qué decirle, qué necesita en cada momento. Empezará a sorprenderla con pequeños detalles, nada extravagante, y siempre de buen gusto, bien calibrados, para demostrarle claramente cuán atento está a lo que ella le cuenta. Dos semanas después, ella le expresará su nostalgia por un libro de ilustraciones de su infancia, y Harry le conseguirá un ejemplar. Cuando mencione de pasada su predilección por la versión importada —e inencontrable— de uno de los discos de su grupo de world-music favorito, él le regalará como por milagro una copia a los pocos días. Luego pasaremos al siguiente nivel: Harry empezará a anticiparse, a leer sus gustos, a aventurarse sin guía en nuevos territorios y a sorprenderla con su sensibilidad y su perspicacia. Llegados más o menos a este momento, ella admitirá que se siente atraída por él... Sí, sabe que él es mayor, pero, para ella, eso empieza a formar parte de la atracción: un papi sensible que se la folle. Su corazón dará un vuelco cuando ella susurre estas palabras —a Harry le gusta imaginar que ella tiene un lado sucio y secreto—, tragará saliva y apartará la mirada de una manera que ella encontrará encantadora. Entonces Molly alargará la mano, le levantará la cara y le dará un beso. Será un beso fugaz —están todavía en el café, al fin y al cabo—, pero tendrá la dulzura de su brillo de labios y la huella de la puntita de su lengua. Harry sabrá entonces que está a las puertas del éxtasis. El beso de verdad llegará más tarde, ese mismo día: él la estará esperando en su coche a la salida sabiendo que ella lo buscará con la mirada, imaginando que se consume por él, y cuando baje del coche, ella correrá a sus brazos y acercará su

boca ardiente a la de él. Harry la invitará a pasar un fin de semana fuera, la llevará a algún sitio con estilo y elegancia, lejos de su mundo del Café Retro, y la deslumbrará con sus encantos y atenciones. Está pensando en el Napa, un hotelito victoriano justo a las afueras de la ciudad. Ella apoyará la cabeza en su hombro durante todo el trayecto en coche y no querrá salir de la habitación. Harán el amor delante de la chimenea, se cubrirán apresuradamente con cualquier cosa cuando el servicio llame a la puerta y reirán como dos tórtolos cuando se vaya. Le propondrá irse a vivir con él: al fin y al cabo su apartamento, si bien decorado con cierto encanto, es demasiado pequeño. Ella aceptará con lágrimas en los ojos, y le dirá que es el hombre al que siempre había estado esperando, con el que siempre había soñado. Se casarán: él se declarará cuando vuelvan a su coqueta habitación del Napa, de nuevo ante el fuego. O espera; aún mejor. En Dublín. La llevará a ver el país de sus ancestros (se llama Molly; debe de ser irlandesa) y, mientras paseen a lo largo de St. Stephens Green, le pedirá la mano. Ella volverá a llorar cuando acepte. La boda será discreta y de buen gusto. Max, el podólogo, será su padrino de boda; la virginal hermana de Molly, su dama de honor. Unas semanas después de la luna de miel en Venecia, Molly le dirá a Harry que está embarazada. Él le pasará la mano por el vientre con delicadeza, con los ojos llenos de lágrimas, y entonces...

—¡Maldita sea, Michael! *Ella* está muerta. ¡Yo no!

La ira de Barbara ha cerrado de un golpetazo el cuento de Harry, quien descubre con desagradable sorpresa que tiene lágrimas en los ojos. Se las seca, esperando que nadie lo haya

visto lloriquear por sus propias ensoñaciones. Observa como Barbara recoge sus cosas y sale hecha una furia de la cafetería. Molly y él intercambian una mirada atónita, y luego Harry desvía su atención hacia Michael, que estira el brazo torpemente por debajo de la mesa para recuperar la urna, se la mete debajo del brazo como un niño que lleva sus libros de clase y sale corriendo del restaurante.

La urna, otra vez. De nuevo esa extraña mezcla de náusea y adrenalina. De terror. Conteniendo el dolor que ha vuelto a acuchillarle el costado, mira la hora.

—Mierda —susurra, y se dirige a Molly—. Tengo que irme; llego tarde. Lo siento. Estaba delicioso, de verdad.

—Me alegro de que te gustara —contesta ella con una sonrisa, recogiendo los platos y embolsándose la propina del 35 por ciento—. Vuelve cuando quieras y tómate otro.

Harry suspira extasiado.

*La ciencia no ha descubierto todavía fuerza alguna que pueda detenerme*, dice. En realidad, eso es lo que se imagina diciendo, pero lo único que consigue mascullar es un «Lo haré».

Se pone en pie y se sacude las migas y el azúcar glas del traje. Ya es bastante indecente llegar tan tarde como para encima no ir presentable. Al salir del restaurante, pide a Dios que, por una vez, el tráfico se digne colaborar.

A fin de cuentas, no estaría nada bien que un hombre se perdiera el funeral de su mujer.

## Siete

### *En el que nuestro héroe escupe sangre*

¿**A**breviada o no abreviada? Ésa es la cuestión. Harry está en la sección profusamente iluminada y desierta de Ficción y Literatura de su cadena de librerías preferida, con un libro en cada mano. A su derecha, *El conde de Montecristo* (Penguin, edición no abreviada), con un peso formidable de mil doscientas setenta y seis páginas. A su izquierda, *El conde de Montecristo* (Puffin Classics, edición abreviada) inclina la balanza con sus esbeltas trescientas noventa y seis páginas. Harry sopesa los pros y los contras de las dos, tanto literal como metafóricamente.

No puede negarse que la edición no abreviada viene con una cierta e irresistible dosis de cachet. Si la profundidad sigue al esfuerzo, y Harry está casi convencido de que así es, entonces, con toda seguridad, sus mejores esperanzas de un renacimiento a lo Dantès tienen que encontrarse entre estas páginas.

Sin embargo, Harry también se conoce a sí mismo, cono-

ce los límites de su radio de atención, y teme que *El conde de Montecristo* (Penguin, edición no abreviada) esté destinada a ser poco más que un imponente ornamento de mesa. Razona que, si el argumento se puede comprimir con efectividad en trescientas noventa y seis páginas (Puffin Classics, edición abreviada), entonces, ¿hasta qué punto es necesario el resto? Harry se siente un poco contra las cuerdas, deseoso de seguir con su gran plan, y no está seguro de tener tiempo de tragarse lo que deben de ser, a todas luces, novecientas páginas de autoindulgencia del autor.

Y aun así... El conocimiento es poder, y Harry estima las consecuencias de tener novecientas páginas adicionales de poder (Penguin, edición no abreviada) a su entera disposición. ¿Y si una pepita esencial de conocimiento, cierta estrategia brillante, estuviera contenida en algún lugar de esas novecientas páginas, subestimada por el joven editor mal pagado que se lió a hachazos para realizar el minilibro (Puffin Classics, edición abreviada)?

Por otra parte, hay que tener en cuenta algunas consideraciones prácticas: el transporte, por ejemplo. Harry anticipa los inconvenientes de arrastrar por el mundo un volumen monstruoso (Penguin, edición no abreviada) y observa que el Puffin Classics, edición abreviada, le cabrá cómodamente en el bolsillo y en el maletín, y que descansará plácidamente en la cima de su barriguita cuando lea en la cama. Hay que decir en honor de Harry, no obstante, que ésa le parece una razón de una superficialidad espeluznante para escoger un libro, y en particular, uno del que espera efectos que van a cambiar el curso de su vida.

¿Qué hacer? Como siempre que se encuentra cara a cara con decisiones en apariencia imposibles, Harry le pasa la pelota a otro.

—Perdona, ¿puedo hacerte una pregunta?

Harry se dirige al tío pasota y desaliñado con perilla de chivo que está detrás del mostrador de información. A pesar de que es una suave tarde de verano, el dependiente viste un gorro de esquí de lana que no logra cubrir el muestrario de piercings que lleva en las cejas. Tiene abierto ante sí un tomo de mil páginas de un elegante novelista con tres apellidos, y lo anota obsesiva y amorosamente con una letra minúscula y apretujada.

—Disculpa.

El Chivo levanta la vista con una expresión que indica que el santuario privado de su hora de estudio ha sido violado. Reunir la energía suficiente para responder le sobrepasa y se decide por arquear una ceja, invitando así a Harry a continuar.

—¿Hay mucha diferencia entre estos dos? —Harry sostiene en alto la Penguin, edición no abreviada, y la Puffin Classics, abreviada, para la inspección.

—Unas novecientas páginas, según parece —farfulla el Chivo, y redirige la atención a sus abluciones literarias.

Gracias, me has sido de gran ayuda, piensa Harry, pero no lo dice.

—Bueno, esperaba que me pudieras decir algo más. Me resulta difícil decidirme.

El Chivo apenas puede disimular la impaciencia de su rostro. Sus ojos revolotean brevemente entre los dos libros.

—El largo —dice antes de volver a bajar la cabeza.

—¿De verdad? ¿Por qué?

El Chivo se encoge de hombros y señala el volumen abierto delante de él.

—Me gustan los libros largos.

—Claro, ya lo veo. Pero puede que eso no se adecúe exactamente a mi situación.

El Chivo continúa garabateando sin mostrar ningún interés en la situación de Harry.

—El corto, entonces.

Harry mira el volumen que tiene en la mano.

—Es que es difícil imaginar que se pueda contar una historia de mil doscientas páginas en un libro de cuatrocientas, ¿no?

El examen detallado que hace Harry de la Penguin, no abreviada, le impide ver al Chivo suspirar, meterse el lápiz en el bolsillo, cerrar el libro y abandonar el mostrador de información. Sólo cuando Harry emerge de su examen, se da cuenta de que, una vez más, lo han abandonado. Con ese gesto tan suyo de encogerse de hombros, que le es tan familiar como su propia voz, opta por comprar ambas versiones. Sabe que lo más probable es que lea sólo la más corta (Puffin Classics, abreviada), pero también sabe que llegará el día en que sienta una curiosidad desconsoladora por saber qué se ha elidido en las novecientas páginas que faltan, y para entonces querrá tener la Penguin, edición no abreviada, bien cerquita.

Mientras hace cola en la caja, Harry estudia con detenimiento las cubiertas. El retrato de Edmond Dantès, que lo mira fríamente desde la cubierta de la Penguin, no abreviada,

es chocante, no sólo por la línea durísima de la mandíbula y el pelo abundante y ondulado del marinero de Marsella, sino por la determinación centelleante que se adivina en sus ojos, por esa sensación de certeza inquebrantable que Harry juraría ahora mismo que se le transmite directamente por la punta de los dedos, llenándolo de una fuerza y una resolución desconocidas. En respuesta, su columna vertebral se endereza, lo que da como resultado que su traje, por lo general mal puesto, encuentre su lugar y se asiente sobre sus formas masculinas antes escondidas, y por primera vez parezca quedarle bien. Firma el comprobante de la tarjeta de crédito con una floritura inusual, lanza el bolígrafo por encima del mostrador con indiferencia fingida y se encuentra mirando a los ojos a la cajera mientras le dirige un «Gracias» un poco demasiado alto. La cajera asiente en respuesta y dice «El siguiente», en absoluto impresionada por su transformación. Pero a Harry no lo van a desmoralizar tan fácilmente. Coge la bolsa con sus dos libros del mostrador y se encamina hacia la puerta, pero se detiene al ver al Chivo sumergido en su texto. De repente, a Harry se le seca la boca y el corazón empieza a latirle con fuerza ante la perspectiva. Sabe lo que tiene que hacer. Sosteniendo firmemente a Edmond Dantès bajo el brazo para reunir fuerzas, se dirige a grandes zancadas hacia el mostrador de información.

—Perdona —dice Harry no con tanta energía como le gustaría, pero es difícil ser el conde de Montecristo cuando tienes el corazón en la boca.

El Chivo continúa baboseando su volumen. Harry, para su propia sorpresa, alarga el brazo y le cierra el libro de golpe.

—¡Eeeh!

—A mí no me vengas con «eeehs». Yo soy el cliente. Yo pago. Y tú estás aquí para ayudarme.

Harry se da la vuelta y se dirige a su coche. No es la actuación que había esperado. Había pensado insultarlo un poco, quizás incluso largarle un par de amenazas físicas. Pero las cosas son como son: su labio superior está empapadito de sudor y no ha conseguido evitar que le temblara la voz. La bronca ha sido relativamente suave, para ser sinceros, y al mirar desde la calle ve que el Chivo ha vuelto a perderse en su obeso libro. Sin embargo, por lo que respecta a la afirmación de sí mismo, ha alcanzado un buen registro personal, y nada puede menoscar este placer vertiginoso.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS  
EN EL MES DE MAYO DE 2010

S

*Las heridas morales tienen esta peculiaridad, pueden ocultarse  
pero jamás se cierran. Siempre dolorosas, siempre prestas a sangrar  
si uno las toca, permanecen vivas y abiertas en el corazón.*

ALEJANDRO DUMAS

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)